

A las siete de la tarde la población ofrecía un aspecto de viva animación que estaba en abierta contradicción con las diferentes ideas de disgusto emitidas por la mañana. El corso Oriental y el corso Francesco estaban llenos de gente que se apiñaba detrás de la línea que formaban los soldados en ambas aceras. Empezóse á colgar los balcones y ventanas y millares de cabezas asomaban por todos los agujeros que miraban á la calle. Las señoras se habían esmerado en su *toilette*, y todo indicaba que el recibimiento que iba á hacerse al Emperador nada tendría de frío.

A eso de las siete y media dejóse oír un lejano clamoreo en dirección del corso Oriental, en tanto que á lo lejos se agitaban millares de blancos pañuelos. Gradualmente se fué acercando aquel rumor hasta que la distancia me permitió oír ya distintamente los vitores y los aplausos. Pocos momentos después llegaron á la altura de mi balcon los cazadores de Africa que abrían la marcha de la régia comitiva. A unos cien pasos mas atrás venia marchando pausadamente la carretela que conducía á los Soberanos abados. El Emperador ocupaba el primer asiento, llevando á su izquierda al Rey Victor Manuel y enfrente dos ayudantes. Seguían en los demás carruajes varios generales franceses y piamenteses, oficiales de ordenanza y empleados de la Real Casa; venian después algunos grandes carruajes llenos de individuos de los cien guardias, y cerraba la marcha un piquete de coraceros de la guardia.

En suma, se ha hecho al Emperador un recibimiento magnífico que no era dable esperar después de lo que habia oído en las conversaciones de la mañana. El entusiasmo se ha ido propagando de unos á otros de una manera eléctrica, y he visto aplaudir frenéticamente á algunos que horas antes estaban cuando menos decididos á permanecer impassibles.

El bello sexo, como de costumbre, ha desempeñado el primer papel en este dia, saludando con sus pañuelos á los Soberanos, y aun arrojándoles flores en muchos sitios. Los augustos aliados contestaban á estas demostraciones con un saludo militar, es decir, llevando continuamente su mano derecha á la visera de su quepis.

No habia visto al Emperador desde 1849. Napoleon III no es el presidente de la República, y aunque el momento es poco favorable al Monarca para establecer comparaciones, pues ve uno en él á un general de division cubierto de polvo y ennegrecido por el sol; sin embargo no puede negarse que el Emperador ha perdido mucho. En estos diez años el peso de la corona imperial y los graves sucesos que han señalado este periodo de su reinado han impreso en su frente y en su rostro profundas huellas. Otra década mas y esta cabeza aun hoy tan erguida y vigorosa se habrá inclinado tal vez bajo el peso de sus vastos proyectos. Los soberanos que reinan á la manera de los Bonapartes deben ser muy viejos á los sesenta años. El tiempo que queda á Napoleon III es corto para hacer grandes cosas. Su actividad podra precipitar los sucesos; pero no se juega impunemente con el tiempo y si un hombre de energia puede hacer en diez años lo que otros en veinte, no es sino tomando por anticipado del caudal de su existencia intelectual verdadera. Por eso repito que un Bonaparte debe ser muy viejo á los sesenta años.

Por la noche hubo grande iluminacion; los corsos estuvieron aninadísimos y la música de la ciudad recorrió las calles hasta muy tarde. Después de lo mal recibida que fué la noticia de la paz, el Emperador debe estar satisfecho de la acogida que se le ha hecho en Milan. S. M. saldrá pronto para Turin y Paris.

Con esta carta cierro mi correspondencia. Como hombre amante de la humanidad me alegro que la guerra haya concluido y con ella sus repugnantes horrores y calamidades. Como soldado, como hombre aficionado al estudio de la ciencia militar siento que la paz se haya hecho antes de tomarse Peschiera y Verona. Hubiera querido ver contra las fortificaciones los efectos de las piezas rayadas y de los cañones Cavalli. Por mas que esto hubiese ocasionado algunos miles mas de víctimas, cuando se trata de adelantos y de ensayos que algun dia pueden ser útiles á la defensa de mi patria y á la gloria del valiente ejército español al que estoy mas satisfecho de pertenecer después de haber visto á los que han tomado parte en la pasada lucha, pues estoy convencido que hubiéramos confirmado la elevada opinion que de las tropas españolas se tiene en el extranjero; me hubiera gustado ver arrancar las lunetas de Peschiera, los baluartes y el campo atrincherado de Verona desde una distancia de 5 ó 6,000 metros como me lo aseguraban los oficiales piamenteses. Y no se estrañe este deseo: el militar científico, ante los estudios de la guerra, es como el toxicólogo que ensaya los efectos de un veneno, como el frio operador que con el bisturi en la mano no atiende á los dolores que causa al paciente, sino que consulta por medio del pulso las fuerzas